

# SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Enero 1960

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ✧ Precio 0'70 NF - N° 772-73

## El poder de la imaginación o la manquedad de Don Ramón

### Nacimiento de una vocación

Don Ramón del Valle Inclán, dice:

—Cuando se me planteó el problema de tener que escoger una manera de vivir pensé en seguida: Tengo que buscar una profesión en la cual no tenga más jefe ni patrón que yo mismo. Pensaba en ser militar, y se me aparecían los generales déspotas, dándome órdenes estúpidas. Pensaba en ser cura y en seguida surgía la supe-ditación al Papa y a los obispos. Si alguna vez pensé en ser funcionario, la idea del director me preocupaba...

—Sin jefe sólo existe la profesión de escritor. Por ello la escogí.

### Perspectiva

También solía decir:

—Yo quisiera ver este mundo en la perspectiva de la otra ribera. Soy como aquel mi pariente que al preguntarle el cacique qué deseaba ser, qué empleo quería, le contestó:

—Yo, difunto.

### El periodismo

Quando don Ramón pasaba mil penurias, diversas veces le indicaron el periodismo como medio de salir del atasco económico en que se hallaba. Invariablemente solía replicar:

—El periodismo avillana el espíritu y empuqueñece todo ideal estético. Yo me debo a mi obra.

Y seguía impetérroto luchando a brazo partido con el hambre.

### Rectificación

Cierto día don Ramón llama «pedazo de bruto» a un contertulio literatoide.

—¡Retire usted estas palabras!

—exclamó el ofendido.

Don Ramón, al quite.

—Retiro lo de pedazo.

### Argumento dudoso

En la peña cafeteril en la que asiste don Ramón como oficiante mayor alguien hace el elogio de cierto crítico musical, quien, como argumento definitivo, sentencia:

—En una palabra... El mismo es un excelente músico, y con ello todo queda dicho.

Valle se queda mirándolo y replica:

—Antes tendría usted que demostrarlo que loz lagartos, zolo por zerlo, entienden mucho de historia natural.

### Los intelectuales

A los postrés de un banquetes,

**¡O** JE tipo este! Constructor de un mundo literario lleno de encanto y seducción, pintoresco y arbitrario, fantástico espeluznante, bello y encantador. En las letras españolas es único, personal, sin antecedentes, precedentes ni sucesión posible. Ningún género literario le fué vedado. Novela, poesía, teatro, creador del «esperpento»... No obstante, lo mejor de su ingenio, con ser mucho lo que dejó a través de sus obras, fué sin duda su parte anecdótica, sus charlas de café.

Sus puntadas, dichos y comentarios incisivos, revelan la plenitud de su personalidad insobornable, de su espíritu lúcido, irónico, agresivo... He aquí algunas muestras:



DON RAMON DEL VALLE INCLAN

don Ramón se levanta, y entre otras hace la siguiente afirmación:

—El ideal de los intelectuales españoles debe ser el del gitano, que anda siempre fuera de la ley y perseguido por la guardia civil.

Los comensales ríen y aplauden. Luego, al terminar el comicio, don Ramón advierte a quienes le rodean:

—No he pretendido hacer un chiste al hablar de nuestro ideal agitanado. He querido predicar una moral. Advirtiéndome que sólo se salvarán los que se muestren rebeldes, anárquicos, inconformes.

### Cómo perdió el brazo Don Ramón

Uno de los aspectos más interesantes de su personalidad es el cúmulo de fantasía y de imaginación que derrochó en torno a un suceso desgraciado, a la pérdida de su brazo, que la trocó en una verdadera fuente de comentarios y sucesidos de los cuales vamos a entresacar un pequeño muestrario. De las «Memorias de Diego Rivera» es lo que sigue:

Una de aquellas tardes en que la charla maravillosa salía de la boca de don Ramón, contando su vida, llegó a la pérdida de su brazo:

### Fantasia

«Pues sucedió que el propietario de un gran plantío de henequén tuvo que mandarme la «raya» de sus peones. Y era el caso que había por entonces, en Yucatán, un célebre bandido al que llamaban «Pancho el tuerto» con el que nadie se atrevía. Don Olegario Molina, dueño de la hacienda, me envió a su secretario particular pidiéndome que diera escolta a la conducta que llevaba ciento veinte mil pesos.

«El trance era duro. Yo tenía desperdigados los doscientos hombres en diferentes grupos de guarniciones. En Mérida apenas si quedaban unos cuantos hombres conmi-



unesp

Cedap

Centro de Documentação e Apoio à Pesquisa  
Faculdade de Ciências e Letras de Assis





# El intelectual y el fusil

Esta pregunta, presentada de frente y lanzada por tan poderosa catapulta al ruedo de la idea, es un mitra encrespado al que hay que torear con unos gramos de verdadero duende. Yo no me atrevería a hacerlo si no creyera que esta cuestión ha sido básica en España — y fuera, claro —, lo es ahora y lo será más aún en un próximo porvenir. El tema, diría un castizo, se las trae.

El arma del intelectual ha sido siempre el pensamiento. Englobo ahora en el concepto de intelectual toda manifestación de cerebro y sensibilidad, lógica y sentimiento, matemática y poesía. Poeta quizá sería el supremo nombre a que puede arribar cada peón de brega que en la gran lucha pensante e intuitiva, pretende arinconar las grandes incógnitas que se ofrecen al hombre para cumplir su vida. Sin embargo, la palabra intelectual, de buena prensa en los principios de su uso, conserva todavía un destello de oro que quizá sea útil para lo que pretendo decir ahora. Me quedo con ella, pues.

Lo que viene ahora yo quisiera decirlo con las palabras justas, certeras y completas que el tema requiere. Trataré de explicarme lo mejor posible.

La vivencia de las ideas está en relación con la sangre que guardan dentro. Dicho de otro modo, las ideas viven de la vida. Hay un cordón umbilical que sale de la madre vida y va transmitiendo su licor caliente al hijo idea hasta madurarlo y echarlo a andar por el mundo. Los retoños que han chupado recia y robustamente del tronco materno son los genios ideales que viven siempre. Luego existen otros que salen con tan canija savia que al cabo de poco tiempo, tras pegar unas boqueadas, se nos quedan entre las manos de puro agonizantes. Los buenos parteros de los intelectuales se han impacientado en esta ocasión — o son malos doctores de nacimiento — y del vientre vital sacan la idea con andadura de hernia enquistada. No parece sino que la sana sangre que debiera derramarse entonces, enturbie la vista del poético acostumbrado a gozar los filos románticos de las violetas o el vuelo arcaico de la gaviota que una mañana cantó.

El nexo entre la idea y la vida, entre lo que se piensa y lo que se siente, no puede romperse, so pena de matar por inanición a la idea. Y en el juego grandiosamente vulgar de la vida, donde se acuesta un remate de ironías o se alza una pirámide de luchas, matar a la idea es matar a los intelectuales. Si éstos quieren vivir tienen que hacer que sus creaciones-hijos sean fuertes y completos, respondan tanto a la física del neutrón que vibra como al parpadeo del hombre que muere, lo mismo a la exacta nomenclatura

**L** A estatua de Martin Nuñez de Arce, tendida en un viejo claustro español, hizo escribir hace más de treinta años a Ortega: «¿Es posible que haya habido quien haya unido el coraje a la dialéctica? El hombre acostado, objeto de la contemplación del filósofo, viste férrea armadura, combatió bravamente en Montefrío y murió en batalla. Su rostro, de sumidas mejillas y boca que parece mascar ya verdades del otro lado, refleja hábitos intelectuales».

ra del trigo que crece que a la ruda génesis de las vidas que nacen, igual al crujido de la tierra que se abre que al grito del sexo que se viola. Todo gira alrededor de lo sagrado humano, centellea y se magnifica en torno al hombre que ríe, que solloza o que muere, manantial inextinguible de donde salta continua la sangre de la Idea. Donde esté el Hombre, sufriendo o gozando, remontándose en la vértebra de un cohete o abismándose en una mina de carbón, apoltronándose en la cabecera de una orgía o pudriéndose en la cloaca de un suburbio, vaciándose de esperma en la cama de una prostituta o reventando de horror en el paredón de ejecuciones, pirateando la sangre de su hermano o apretándose la entraña por el vitriolo del hambre, derrochando cocaína en los sótanos amarillos de las ciudades o mascando la tierra de los campos a falta de pan, ahogándose de dinero en la cámara acorazada de un Banco o naufragando de tedio en los sueldos ganados de rodillas, allí, solamente allí, está la Vida de la Idea, la Carne del Pensamiento, el Supremo signo del Uno y el Todo. Es allí donde han de converger, como abejas en panal, los corazones-cerebros de los Poetas-Intelectuales, los hombres que mejor saben pensar y sentir y que deben ser también los que mejor sepan obrar.

El mundo está lleno de geometrías polvorientas, de pensamientos tomados como seres vivos y que han naufragado ha largo tiempo en el río de pasión y de sangre que es la vida. Urge ahora una tarea de vivificación absoluta de la materia aprovechable y de creación radical de nuevos suelos sobre los que el hombre pueda asentar su planta y caminar sin dar patinazos en los charcos; librándole a la vez de su rígida y angustiosa postura bocabajo. La sima paulatinamente ensanchada sobre la Vida y la Idea — producto de la progresiva intelectualización de ésta — hace que el hombre, asentados sus pies sobre uno de los extremos y agarradas sus manos al otro, se encuentre tensado entre los dos bordes como la cuerda que llama a su centro las dos puntas de un arco.

Los intelectuales menores lo han querido así, a riesgo de ser devorados ferozmente por la vida que pasa, bajar a pleamar de las cosas que existen y que llaman dramática e inútilmente a su puer-

ta con la esperanza de ser atendidas. Los grandes creadores, navegantes de altura, supieron siempre ceñirse al viento, soltar los aparejos con elegancia osada, caminar bordeando los escollos sin encallar nunca en los peligrosos bajos. ¡Ah! Pero los otros, los otros tenían tanto miedo a despejarse de la costa, tanto terror a perder la tierra de vista, que la poca agua sobre la que andaban no pudo cubrir la roca que les abrió el casco, anegándolos y hundiéndolos con todo el equipo.

Y la vida tiene peligrosas tempestades para las que no basta únicamente el intelecto, porque hay que auxiliarse de los dos prácticos insustituibles para hacer llegar el barco a puerto seguro: cabeza y corazón, talento y valor, sangre por la idea. El Ideal ha de tener sus arterias prietas del generoso licor. Una vez dentro, éste se encargará de defender la casa en que vive, aunque tenga que derramarse fuera para realizar el noble combate.

Esta es la misión que en el mundo presente y futuro de España se presenta a los intelectuales, la integración de la sangre y el ideal, la comunión del fusil y el pensamiento, la síntesis apretada de corazón y cerebro. En realidad es la faena propuesta a todo español auténtico, pero escogemos ahora al hombre intelectual como la expresión más alta de absoluto ideal de vanguardia de pensamiento, junto al cual propugnamos la cristalización del riesgo personal, pleno de consciencia. Contra la idea contraria, la esgrima sutil de las propias razones. Contra el arma contraria que dispara ensangrentando la cabeza del hombre que defiende su pan, su justicia y su libertad, es preciso que ese hombre, sea intelectual o no, empuñe el fusil y lo dispare con rabiosa maestría y frialdad reflexiva contra el enemigo que, enfrente de él, pretende arrebatarse lo que a nadie puede ser arrebatado.

En este caso concreto, es el riesgo, es el riesgo terriblemente consciente que el intelectual debe libremente aceptar y sostener. Hay una disyuntiva clarísima para cuando llegue el momento: Ser hombre e intelectual o no ser nada. No se puede ser intelectual a secas, la guerra de España se ha encargado de demostrar que es imposible. Cuando llega la hora de la defensa de lo sagrado humano, todos los hombres — y entre

ellos el intelectual — deben agarrar la mochila y el fusil y marchar a la primera línea de fuego. Si después, este hombre de mayor capacidad cerebral es llamado a la retaguardia donde pueda realizar una labor de mayor eficacia que la de disparar cotidianamente su fusil contra la trinchera enemiga, debe volver adonde su inteligencia rinda sus máximos frutos en provecho del ideal que defiende. Ya su ejemplo ha quedado tatuado en el corazón de los compañeros que con él militaban en la primera línea.

Esta es la tremenda exigencia que requiere la idea, su vigorización de encuadrarla en la vida, tonificándola con sangre. La lumbré más exquisita de un pensamiento, si carece de la traducción vital de la acción, se convierte en la pura nada. Si a la luminosa evolución humana que tiene el carácter sagrado de la justicia y la generosidad para todos los hombres, se le oponen los fusiles negros de un pasado brutalmente reaccionario, se hace imprescindible que el intelectual abandone la tribuna de conferenciante, vaya a incorporarse con todos sus camaradas a la trinchera donde su idea vaya a fecundarse con sangre.

Al intelectual se le demanda el supremo valor, porque él está dotado de la máxima consciencia. El sabe exactamente todo lo que en un segundo puede destruir una bala caprichosa y brillante que viene por el aire buscando cerebros y corazones y que es ciega, sorda, velocísima y mortal. Una bala, simple trozo de acero grisáceo y quizá lanzado por un porquero de la línea enemiga y que destruirá un fabuloso mundo de posibilidades que sólo el intelectual conoce. Esto es dramático hasta el paroxismo, enloquecedor hasta la demencia, estúpido hasta la ironía, doloroso hasta la insensibilidad, pero es como España ha sido siempre, trágica y sangrante, grande y cruel, desgarradora como la muerte de un Lor-

● Pasa a la página 13 ●





## NUESTROS COLABORADORES

## José Uriel García



NACIO en el Cusco, la ciudad de los Incas. Tan pronto como terminó la Media, fué nombrado preceptor para una escuela de campesinos aborígenes, no lejos de Cusco (1907). Poco después ingresó a la Universidad, donde cursó Letras. Tomó parte activa en el primer movimiento de reforma universitaria realizado en el Perú (1909), mucho antes que en Córdoba (Argentina), iniciado por la «Asociación Universitaria», cuyo fundador fué, juntamente que otros estudiantes. Aquel movimiento triunfante trajo por tierra a la universidad colonial, teológica, reaccionaria, trocándola en un centro influyente en el progreso material e intelectual del Cusco, a cuya cabeza fué puesto un joven e inteligente rector norteamericano, que fué dócil traductor y guía de los anhelos de la juventud de entonces. La Universidad del Cusco fué esa vez la primera «popular», de acción «extensa», en el sentido de su influjo práctico, constante en el espíritu del pueblo. Fué profesor (1915) en el colegio de «Ciencias», fundado por Bolívar, en cuyo desempeño supo conquistar, por la eficiencia y dedicación en su labor docente, la simpatía y adhesión de miles de estudiantes, que lo conocían por toda la región. Llegó a la dirección de ese plantel (1930), en el que «plantó» — dentro de las modalidades políticas de la administración centralista — algunas audaces reformas, inspiradas en doctrinas pedagógicas progresistas, como la

coeducación y la autodisciplina. Permitió la matrícula, en ese colegio para varones, de algunas señoritas que no eran aceptadas en los colegios para su sexo, por su poco fervor religioso. En los últimos años de la Media, implantó la autodisciplina, entre los mismos alumnos, en lugar de los «inspectores», a quienes, generalmente, se les escogía entre los licenciados del ejército. Esas medidas, entre otras, le concitaron la censura de santos y reaccionarios, fue denunciado ante el poder judicial, por el agente fiscal, por *deito* «contra la fe pública» y por el instructor militar del colegio, ante los ministerios de Guerra y de Educación, por «suprimir la disciplina» (militar, en este caso).

Aprovechándose del movimiento político que trajo abajo al gobierno de entonces, sus acusadores pedían su destitución inmediata. Pero llegó al Ministerio de Educación un hombre ponderado, electo mas tarde presidente de la República, el Dr. Bustamante y Rivero, que conocía de las condiciones docentes del acusado, y lo mantuvo en el cargo, hasta el término del año. Fué llamado a Lima y en el lapso de tres meses se cambiaron dos ministros más, a más del anteriormente mencionado. El sucesor del anterior, Dr. Lozada Benavente, quien puso en vigencia un Estatuto Universitario, reformista, avanzado, le obsequió al funcionario acusado con los expedientes enviados por iniciativa del Agente Fiscal y el Comandante, «como recuerdo de

sus amigos del Cusco», mejor dicho, los envió a la basura. Y el último ministro, el gran poeta y político democrático José Gálvez, muerto hace poco tiempo, dió la última solución nombrándole para la dirección de otro importante colegio nacional, en la Costa.

En esos momentos (1931) los universitarios de San Marcos de Lima, que se encontraban en intensa agitación reformista, le solicitaron su ingreso como catedrático. En efecto, renunció a la dirección del Colegio de Chíncha, y se envió en la reforma universitaria, hasta la clausura de San Marcos (1932). Vuelto a su ciudad natal, fué apresado por orden del director de Gobierno. Fué llevado a Puno, conjuntamente con veinte estudiantes y profesores, para de allí ser internados en un campo de concentración del Amaru-Mayu (hoy, Madre de Dios), donde no se podía caminar más que a pie. Por gestiones del diputado Montes de Peralta, cusqueño, y en razón de su lesión física, fué exceptuado de viajar a la selva y se le dejó en la prisión de la policía de Puno, a 4 mil m. s. el m.

Años después, los centros obreros y estudiantiles del Cusco lo llevaron al parlamento, como Senador. Su promoción hacia la política fué saludada en Lima, por medio de una manifestación social, medio poco usado en favor de un novel político «provinciano». «Verdadero representante de su pueblo y de su raza», decía en un discurso Manuel Beltróy. «García había enseñado a conocer y meditar sobre nuestra propia realidad; representa lo mejor del espíritu nuevo de la tierra». (Jorge Fernández Stoll.) «Cuando cae herida la sombra de un Mariátegui o de un Aníbal Ponce, nuestro fértil suelo produce un Uriel García o un Juan Marinello». (Discurso de Pablo Neruda.) Fué dos veces Senador. En ambas ocasiones defendió, ante todo, los derechos sindicales de la clase obrera. Hizo reconocer, oficialmente por primera vez en el Perú, a los sindicatos recién formados en el Cusco y cuyo reconocimiento fué la base de la unidad obrera. Defendió los derechos de los campesinos e hizo reconocer a las «Comunidades» para la mejor defensa de sus derechos, contra los terratenientes. Logró hacer apropiarse parte de dos grandes latifundios en el valle de la convención (Cusco) Huadquiña y Maranura, en favor de pequeños comerciantes, agricultores, campesinos, iniciando así aspectos importantes para la reforma agraria, que se espera. Combatió nuevas entregas de campos petrolíferos a la *International Petroleum Co.* y de las tierras de la Selva a *Le Tourneau*, empresas monopolistas. Fué el primero y acaso el único parlamentario en América Latina que condenó la guerra imperialista en

Corea y se opuso con su voto al auxilio en dinero para sostener a las tropas extranjeras que peleaban en favor de Li-Chi-Man. Condenó la discriminación racial en África del Sur. Propugnó la independencia verdadera de Puerto Rico. Ejecró la destrucción de la República democrática de Guatemala. Como escritor fué y es leal con sus doctrinas pedagógicas y políticas. Tiene publicados: «El Arte Incaico en el Cusco» (1911, folleto). «La Revolución del Cusco, de 1814» (folleto). «La Ciudad de los Incas». «El Nuevo Indio». «Pueblos y Paisajes Sudamericanos». Muchas colaboraciones en periódicos y revistas importantes de Argentina, Chile, Bolivia, Venezuela, Cuba, México. Dictó conferencias en Panamá (1935), Bolivia (1935-37), Buenos Aires, donde asistió al II Congreso de Historia de América, Tucumán (en las Bibliotecas «Sarmiento» y «Alberdi»). En la «Unión Panamericana», Washington (1942), en Nueva York (1943), invitado por «Council for Pan American Democracy». Actualmente es catedrático de la Universidad de San Marcos.

## SOBRE «PLATERO Y YO»

*ción del hombre imbécil que escribe diccionarios.* (40)

El poeta no puede tolerar que los académicos insulten ni siquiera su chanza, a su simpático asnillo.

Platero se complace en comer flores... El poeta, al contemplar la escena, siente cierta envidia de su asnillo y nos dice:

«¿Quién como tú, Platero, pudiera comer flores... y que no le hicieran daño!» (104).

Sabido es que Juan Ramón admira a Ronsard. Sin embargo, cuando recita sus versos en pleno campo y el asnillo viene a frotar su cabeza peluda sobre el hombro del poeta, éste no puede reprimir la risa amable y jovial y, no sin ironía, escribe:

Ronsard, debe haberse reído en el infierno (24).

En otro lugar, con trazo seguro y firme, nos ha dejado un retrato preciso del socarrón Arcipreste de Hita:

Es negro, grande, viejo, huesudo (101)

Cuando nos habla del Platerillo, como indicamos más arriba, nos lo presenta como pequeño filósofo

fo, ya que afirma que el animalito es

un Marco Aurelio de los prados (40).

El humorismo, la ironía fina y elegante de Juan Ramón, no carecen de dulzura y de jovialidad. Notemos, sin embargo, que no se trata de humorismo al modo inglés, sino de rica vena humorística que tiene raíces hondas en España.

En efecto, el humorismo socarrón y agudo del arcipreste de Hita adopta en Cervantes, hombre sin ilusiones, pero exento de amargura de alma y libre de la causticidad de Quevedo, rasgos innegables de la humanidad profunda y de sentida indulgencia. Baroja mismo, más bien que ironista, es humorista tan zumbón como humano.

Juan Ramón no constituye, pues, un caso aislado de humorismo en la literatura española, rica en ironistas agudos, sino que, es, al contrario, fiel continuador de la tradición hispana, sobre todo andaluza, cuyo estudio está por hacer, en lo que a humorismo toca.

● Terminaré en el próx. n.º ●

## EL INTELLECTUAL Y EL FUSIL

(Viene de la página 5)  
ca, odiosa como el escarnio de un Riego. Tiene la grandiosidad cruel de la vida: Matar lo grande por la mano de lo pequeño. Y en su total aceptación está la virilidad del hombre.

Martín Núñez de Arce, caballero español del siglo XVI, prieta frente y espada fulgurante, dijo ya su respuesta al gran filósofo madrileño que, una tarde, hace treinta años, entre las sombras de un viejo claustro español, le hizo la gran pregunta descanso y esperanza de nuestro mundo futuro:

Si, don José Ortega y Gasset, tal como España es, tal como España está, para que España sea mañana lo que debe ser, es preciso, es vital, es trágicamente imprescindible unir el coraje a la dialéctica.

Manuel MORENO